

propingo.

Especie de prodigio del teatro inglés, Brook asombró al público cuando, apenas salido de las aulas de Oxford se hizo cargo de la Royal Shakespeare Company, cuyos montajes anticonvencionales, recorrieron los escenarios de Europa, Asia, Africa y América. Polémico, con admiradores y detractores, su versión de la obra *Marat-Sade* le valió un destacado lugar en la puesta de escena contemporánea, al igual que la controvertida obra *US* (una parodia sobre los EEUU y la guerra de Vietnam), que remeció a los ingleses a comienzos de 1967: los 25 actores se mezclaban en un escenario manchado de sangre y con cadáveres, en un alarido antibélico que mezclaba canciones pop y jazz con quejidos, gruñidos y elementos como pantomimas, máscaras, un reportaje televisado y el ruido de helicópteros. Un bonzo se auto-inmolaba antes del primer acto, mientras un actor de guantes y sombrero sacaba delicadamente de una caja lacada una decena de mariposas que eran lanzadas a la concurrencia.

"¿No ama usted la vitalidad?"

Para Brook, el teatro no puede vivir como si la vida exterior —"les événements"— no estuvieran en constante conexión con quienes los encarnan desde un escenario ficticio. "Tal como mis afirmaciones —dice— son inseparables de los datos que figuran en mi pasaporte: nacionalidad, estado civil, color de pelo". De la misma manera el teatro, "que está extraviado y busca encontrarse a sí mismo", no sobrevive jamás sin el público capaz de devolver esa corriente de energía que justifica su puesta en acción.

Durante los quince días que duró el IV Festival del Teatro de las Naciones Brook se desplazó entre el idílico país je que rodea el hotel Maerco, Sheraton (donde se hospedó); el teatro-garaje El Alcazar, el patio de una universidad —donde disertó en medio de centenares de estudiantes— y la Casa Guipuzcoana de La Guaira, a los pies del Mar Caribe, sede de la única representación extra de *Ubú Rey*. En todo ese tiempo, no lo abandonaron su imperturbable calma y la actitud de maestro benévolo, pero firme, y cierto desencanto por la desorganización del festival. Ante la pregunta de ERCILLA si acaso era la vitalidad de *Ubú* lo que más amaba en el personaje, Brook replicó.

—¿Y no es acaso eso lo que le gustó a usted? ¿Acaso usted no ama la vitalidad? ¿Sí, la ama?... Bueno, si a usted le sucedió, a mí también. Creo que lo más importante es eso: haber provocado, aquí en Caracas, en esta geografía, con público diverso, el "acontecimiento de vida" que había implícito en *Ubú Rey*.

Luisa Ullbarri ■

RESEÑA

Un Shakespeare poco consistente

□ En el Antonio Varas, una versión de "El mercader de Venecia" que no logra convencer

Con muchos ingredientes de comedia, y otros tantos de drama, *El mercader de Venecia* no es una obra fácil de montar. Además, aún antes de que el antisemitismo pasara de moda hace poco más de 30 años, ya se dieron las dos grandes corrientes en la interpretación de Shylock: encarnado por Edmund Kean (1814) fue un personaje violento y maligno; años más tarde (1879), Henry Irving lo presentó en tono menor y humanizado. Es también la tendencia de Alejandro Cohen en el Teatro Nacional (Antonio Varas)

Sería poco serio calificar la traducción del director Hernán Letelier sin cotejarla cuidadosamente con el original; pero lo que emana del escenario no alcanza —en su mayor parte— sabor a Shakespeare. Débese a la incierta dicción de muchos actores y también a que no saben medir las palabras, proyectando las imágenes y pen-

samientos en forma tal que se les saque el máximo de partido.

Un ejemplo clarísimo de lo anterior es el parlamento clave de Porcia sobre la clémencia. Cecilia Cucurella lo lanza con carga de caballería, sin hacer pesar las palabras ni los conceptos que implican. Su interpretación del personaje es, en general, demasiado adolescente, con cierto énfasis en la coquetería, pero sin valorizar en lo que corresponde, su dignidad e ingenio.

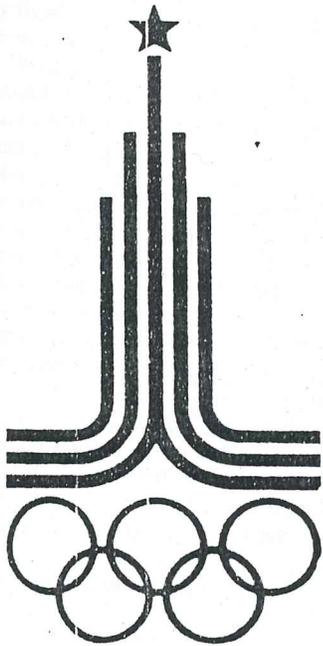
Asimismo, el romance y la fuga de Jessica, hija de Shylock y Lorenzo (Anita Klesky, Regildo Castro), importantísimo por el impacto que tendrá en el personaje central, no fueron bien integrados al conjunto de la obra.

El Lancelot de Sandro Larenas se hizo insoportable por su amaneramiento, y el duque de Venecia (Enrique Heine) por poco malogra la escena del juicio al utilizar una voz quebrada de radioteatro a la antigua. En general, hubo en esta producción demasiadas risitas, sonrisas huera y gestos declamatorios. Faltó, en cambio, una concepción de conjunto que, alrededor de Shylock y Porcia, diera un claro sentido a la obra. El equipo de actores, con escasas excepciones, se vio endeble. El decorado y vestuario (Remberto Latorre, María Kluczynska), aunque no carecieron de valores plásticos, parecían poco integrados a la obra en el sentido de hacer un aporte a una interpretación global de la misma. La música de Miguel Letelier



ALEJANDRO COHEN COMO SHYLOCK
Lo mejor del espectáculo, pero discutible

Nº 2245
1978



Olimpiada y guerra fría

Avanzan los preparativos de la TV norteamericana para las Olimpiadas en Moscú de 1980. La NBC ya ha pagado 40 millones de dólares a cuenta de los derechos de transmisión de aproximadamente 150 horas de eventos deportivos. Paralelamente inició la venta de comerciales para aquellos programas: un spot de 30 segundos en horario preferencial

costará nada menos que 80 mil dólares y un 80 por ciento del avistaje ya ha sido comprado por diversas firmas.

Al mismo tiempo, la NBC teme que puedan producirse circunstancias derivadas de un empeoramiento de las relaciones entre EEUU y la URSS, y esto podría traducirse en una inasistencia de los atletas norteamericanos. Para cubrir ese riesgo la cadena de TV tomó un seguro con el Lloyd de Londres: en primas le cuesta nada menos que dos millones de dólares.

Operas al cine

Don Giovanni será la primera de una serie de clásicos del teatro lírico que se filmará en Francia, con la cooperación de la Opera de París. La obra de Mozart será dirigida por Joseph Losey en lo cinematográfico, y por Lorin Maazel en lo musical. Contará con la orquesta y coro de la Opera de París y un reparto internacional encabezado por Ruggero Raimondi (Italia), John Maurdy y Malcom King (Inglaterra), Edda Moser (Austria), Kenneth Riegel (EEUU), Teresa Berganza (España), Kiri te Kanawa (Nueva Zelanda) y José van Dam (Bélgica). Cantarán en italiano, y la película se estrenará en 1979 con una gran premiere que no tendrá lugar en un cine, sino en la Opera de París.

Candidato a cocinero

Recordó el director John Frankenheimer (**Contacto en Francia II, Domingo negro**) que años atrás recibió una carta donde le pedía trabajo: "En cualquier cosa —decía— aunque fuera como cocinero". Nunca se dio la molestia de responder, lo cual —reflexiona ahora— demuestra que le faltó intuición.

La firma que llevaba la carta era de Francis Ford Coppola.



Menos películas en EEUU

Disminuye la producción de las grandes compañías norteamericanas. En el primer semestre de 1978 sólo se iniciaron 35 películas, o sea, un 27 por ciento menos que el año pasado, y la cantidad más baja que se registra desde 1975.

Esa situación la compensan con la adquisición de filmes europeos o de productos independientes norteamericanos; pero si se mantiene también es muy posible que se intensifique la tendencia al reestreno. Loyal va se atisba en la cartelera de Santiago con películas como *El gran escape*, *¡Socorro!*, *Amor sin barreras*, y varias otras.

Polanski reaparece

Tras su huida de EEUU —se decía— contraba en vísperas de una condena por tener relaciones con una menor de edad—, el director de cine Román Polanski se instaló en Francia donde, durante varios meses, se preocupó de no hacer noticia.

Ahoga se rompió el silencio alrededor del personaje: comenzó a filmar *Tess*, basado en una novela de Thomas Hardy en tierras bretonas. Los protagonistas: Hassia Kinski y Peter Firth.

—hermosa en sí— tampoco logró mayor aporte al espectáculo como tal.

Un Shylock humanizado

Fue la tercera vez en los últimos 20 años que se viene a Shylock en un escenario chieno. Cuando nos visitara el Old Vic de Londres (1962), Robert Helpmann presentó algunas escenas de *El mercader de Venecia*. Su enfoque fue tal, que no habría sorprendido leer en el programa: "director: Adolfo Hitler".

En 1964, gracias a una gira del Shakespeare Festival Company, se conoció la excelente interpretación de Sir Ralph Richardson. No fue un judío que atacara a mansalva o por avaricia, sino ante todo un ser humano. Antonio lo había injuriado muchas veces y, con la oportunidad, nace también el afán de venganza, que pronto se acentuará a raíz de la huida de su hija con Lorenzo. Así la venganza se convierte en su constante y la exacerbación de ese sentimiento también produce su caída. Gracias a ese desarrollo del personaje, surgieron claramente del espectáculo las ideas que Shakespeare plantea sobre la clemencia y la justicia.

Alejandro Cohen también creó un Shylock humanizado y su trabajo se sitúa en una categoría claramente superior al resto de la producción. No por ello deja de ser, en algunos sentidos, discutible.

Con una caracterización física que tal vez recuerde a Nikolai Cherkasov en la película de Eisenstein, *Iván el terrible*, da dos tónicas claves: en primer término, el intenso resentimiento del personaje frente a la sociedad veneciana, producto de una civilización diferente a la suya, que lo trata con mal disimulado desprecio. En segundo término, la venganza como forma de desquitarse de Antonio y los venecianos, por haberse sentido varias veces afrentado.

Además, Cohen otorga a Shylock una serena dignidad personal. Sin embargo, se queda en la obra gruesa de su interpretación. Es un actor que sabe muy bien crear los efectos que busca; pero aquí —como antes en su *Don Juan*— tiende a quedarse justamente en los efectos. No importa si quiera que haya desperdiciado el célebre momento del tercer acto, donde pregunta si acaso un judío no tiene ojos, manos, órganos, etc. Lo compensó en parte al acto

siguiente, en el parlamento donde Shylock enroscó a los cristianos su hipocresía al sostener la institución de la esclavitud. Pero también a Cohen le falta en el sentido de saber valorizar el lenguaje de Shakespeare.

Gracias a la forma en que trabaja y el impacto que su personaje genera en el público, la mayoría de los espectadores emergerá de la sala convencida de que ha visto una excelente interpretación. Sin embargo, es un trabajo controvertible.

Lo que le falta es el desarrollo de los matices que hay dentro y debajo de las ideas centrales de su interpretación, indispensables para darle una real consistencia. Cohen es actor de gran potencial, y no trabaja a la ligera; pero hasta la fecha no ha realizado ningún trabajo en que realmente se realice y se entregue por entero.

En este caso, iba bien encaminado, pero se quedó corto al no sobrepasar los conceptos generales sin explorar debidamente la riqueza de matices que permitía Shylock.

Con el correr de las funciones, aún lo puede remediar, aunque esté solo y el resto de la producción no lo acompañe debidamente.

Hans Ehrmann